

De Don Pío personalmente comprendía, aunque no supiese defender y menos admitir, muchas actitudes de su «convivir». De su proceder digo, y no de su obra. Entre ellas «su humildad».

¿Verdadera? ¿Falsa? En el primer caso, una humildad que como todas las circunstancias llevadas a un último extremo resulta más llamativa y pretenciosa que un cencerro en un gato.

Dudo y dudé siempre, ya lo he dicho, de los anonimatos lapidarios que recen: «Nada», entre muchos otros que digan Don Pepe o Ilustrísimo Señor Manolo, porque la mecánica por la que se rige la curiosidad humana, hará que se acabe conociendo, con pelos y lunares, aquélla que simplemente dijo: «Polvo».

El artificio psicológico del que se sirven los «inteligentes» nos es conocido y claro desde que hemos oído exclamar: ¡¡Porque yo, que soy el hombre más humilde del mundo!!

Pasemos por discretos, pero no por tontos.

En el segundo caso no deja de ser una «postura». En esta circunstancia sobra todo comentario, porque para hacerle hay que separar en casi todo artista la personalidad humana de la personalidad creadora; aunque luego en el artista y por el artista se amalgamen ambas cosas.

De la incómoda y falsa actitud de las «poses» para con el público, nos ocuparemos en otra ocasión, ya que al tratarse de diferente mecánica psicológica, requiere páginas aparte.

Era empero don Pío exquisitamente cortés y amable. Educado y cordial. Sincero y libre como la naturaleza. Algunos creen que esto es grosería o impertinencia..., simplemente él, Baroja, cambiaba en la misma moneda que le «ofrecían», y la verdad sea dicha, le ofrecieron mucha hiel.



Los que tenían que comprender, comprendieron. Los demás no importan o importan menos.

Por una vez, loado sean los días del calendario, no hubo cerrazón, niebla mental, y en el mejor de los casos, *inteligencia restringida*. ¿No la llamaba usted así, don Marcelino?

Es decir, no saber, no comprender, porque no interesa aparentemente conocer.

Nos gusta que la España de hoy empiece a hacer sus camisas con un número más de puño.

Hemingway volvió a España. A su España, a la de siempre, a la de sus sanfermines, la calle de la Estafeta, las Arenas de Barcelona, las Ventas de Madrid, o la Maestranza sevillana, a la España de la arenas rojas o amarillas que por ser tan suyas tienen tanto de él...

De él, de Hemingway, las tierras de España tienen enterrado «un algo» del alma sensible y apasionada del grande escritor norteamericano.

«Por amar mucho, mucho le fué perdonado», creo que dice la sentencia evangélica.

A Hemingway había que perdonarle algo, pero era más importante comprenderle. Quien pueda entender que entienda.

Es complicado el ser humano, sus reacciones, sus impulsos.

No sabemos en virtud de qué extrañas circunstancias nos movemos. Ignoramos y consideramos absurdas y

alógicas algunas determinaciones y acciones del ser humano, y creo que no, porque no las comprendamos algún día, el día de la luz, sino porque más bien en aquel momento ignoramos las causas por las que se mueven nuestros semejantes. Quizá él mismo no las sepa, no las sepamos, ya que carecemos de conocimientos, puntos de referencia o perspectiva.

Para el sujeto todo es lógico y normal, y lo sería para nosotros de ser sujetos y no espectadores.

Visto esto, ¿en virtud de qué un escritor de la caragazón ideológica del *personaje protagonista* de las «Nieves», por muy cazador de leones que sea en Kenia, puede y debe en buena lógica arrostrar la aventura de unas brigadas internacionales disparando en el Jarama («otro» muy distinto al de Sánchez Farlosio), cuando en el Hotel Gran Vía se compraban cañones por docenas: «Póngame una docena del 8'8 y media del 6'5», y la Cibeles por miedo a un cascotazo se convirtió en pirámide; en virtud de qué, repito, hace eso un escritor si no es por un «algo» más que ideologías?

Detrás de todo hay algo. Unas manos, unas voces que nos llaman, que nos empujan, una sombra a la que seguimos, un bulto que buscamos. Detrás de todo hombre y su complicado sistema vital, una mujer o el fruto de una mujer, que lejos, cerca, ideal o real, muerta o viva, influye aunque parezca que no en las acciones más dispares del ser humano.

Por eso, antes de juzgar, debemos analizar la serie de circunstancias personales que indujeron a un ser humano, *particularísimamente y por consecuencia de ambiente y sexo*, a obrar de tal o cual forma en el concierto de la historia, de la sociedad o de un conflicto armado.

Hay que buscar un algo más que justifique la pura acción; que casi nunca es acción, ni pura, sino un complejo y enmarañado sistema de reacciones.

Sólo entonces podemos comprender muchas cosas. Desde por qué gustan los sanfermines hasta la razón por la cual se escribe *desde* la España marxista una obra que, si es cierto que lleva alguna fobia, esta es la misma rabia que produce la impotencia, la amargura y el dolor de lo irreparable e ineludible.

Si Hemingway es un repórter, él, más que nadie, irá vertido, volcado en su obra, porque vertido en parte va casi siempre el novelista.

Sólo hace falta leerle con atención, con inteligencia, leer, por ejemplo, las «Nieves», no con los ojos del cuerpo, sino con los del alma y después comprenderle y entenderle. Muy sencillo.



A Don Pío, frente a frente, le dijo Hemingway:
—Mi obra, traducida al español, es un desastre. Me da vergüenza.

Don Pío, hundido en su sillón, medio inconsciente ya en los últimos tiempos, parecía asentir mecánicamente.

Hemingway, humildemente, trataba de justificar aquel desaguizado e insistía como un niño tímido y acobardado.

Verdaderamente las traducciones de obras en inglés vertidas al español en sudamérica, no merecen llamarse «castellanas y españolas», so pena de delito de utilización indebida e irrespetuosa, abuso de confianza o, en el mejor de los casos, irresponsabilidad.